

Biblioteca pública y exclusión social en el norte de la Ciudad de México: el caso de Cuauhtémoc, Gustavo A. Madero

Cuauhtémoc Ochoa Tinoco*

La biblioteca pública barrial ha sido pensada como un lugar donde los diversos grupos de la sociedad pueden acceder al conocimiento, la información y al uso de las nuevas tecnologías, además de ser un espacio público donde se generan procesos de socialización de la comunidad circundante. Sin embargo, la realidad de estos equipamientos es otra en el Distrito Federal, en particular, en pueblos y barrios populares con alto grado de marginación. En este texto se expone un caso extremo de esta situación, el cual muestra la falta de atención gubernamental y social hacia la biblioteca pública, espacio que podría contribuir a enfrentar la exclusión social de las poblaciones antes mencionadas.

El primer contacto

Al pasar el umbral del local, el orden del mobiliario y la penumbra que limita la entrada dan la bienvenida al usuario-lector. La estantería amarilla desvencijada por el pasar del tiempo cubre la mayoría de las paredes y alguna parte del pequeño local. En la misma superficie convive todo lo que alberga la biblioteca: vestíbulo, mostrador, mesas de trabajo, estantes, ficheros de madera astillados, maceteros con plantas a punto de morir de sed, sillas destartadas, cajas con

donaciones... el catálogo electrónico y la sala de cómputo son impensables en este lugar. El acervo variopinto es insuficiente tanto en número como en temas, destinatarios y actualidad. Quien se acerca a este lugar en busca de una experiencia agradable con la lectura o la solución a sus requerimientos de información escolar o personal, o sencillamente, quiera estar en un espacio diferente de socialización, verá frustrada su intención. Mientras menos tiempo en él, mejor.

De los buenos deseos a la realidad

La biblioteca pública, sin duda, debería ser un lugar especial en el que se acceda al conocimiento y a la infor-

mación; sin embargo, en la actualidad, ésta es considerada por muchos niños, jóvenes y adultos, mujeres y hombres, empleados y desempleados como poco interesante, inadecuada, aburrida, intrascendente, no sólo por sus deficientes instalaciones, la carencia de materia prima (lectura e información en sus diversos formatos) y la falta de atención por parte del encargado de los acervos, sino porque este espacio se relaciona con la obligatoriedad, la frustración o la imposición de la experiencia lectora. Datos sobre esta situación nos los proporciona la *Encuesta Nacional de Hábitos, Prácticas y Consumo Cultural* (Conaculta, 2010). Por ejemplo, 36% de los encuestados no asistieron ninguna vez al año a una biblioteca en el Distrito Federal y 38%

* Profesor-Investigador de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, plantel Cuauhtémoc.

afirma nunca haber asistido a una de ellas; en conjunto, ambos grupos suman 73%, lo que significa que tres cuartas partes de la población encuestada no ha estado en una biblioteca ni una vez en el último año; sólo 26.8% mencionó que ha asistido al menos una vez al año.

Del universo de personas que frecuentan la biblioteca, la población escolar de educación básica y media superior es la que más asiste, la cual representa más de la mitad, 53% de la muestra; en cambio, para la mayoría de quienes ya no están en el sistema escolar formal (trabajadores, amas de casa, jubilados, desempleados) la biblioteca no es un lugar de estar que satisfaga alguna necesidad de carácter cultural o social. Estas cifras son similares a la estadística nacional.

Con respecto a por qué no asisten a ellas, poco menos de la mitad de los encuestados del Distrito Federal, 43%, mencionan que no tienen tiempo; 19% dice no gustarle la lectura y alrededor de 30% menciona diversas causas relacionadas específicamente con el equipamiento bibliotecario: no encuentran los libros que les interesan, la distancia de las bibliotecas, el servicio y la instalaciones inadecuadas y los horarios inconvenientes. Con estas cifras, es claro que la dinámica ciudadana (horarios laborales, problemas de movilidad, desequilibrio territorial de los equipamientos culturales y educativos, etc.) aleja a los posibles usuarios de la biblioteca pública, a lo cual se agrega la falta de un hábito de lectura de un porcentaje considerable de la población y las características negativas antes mencionadas de las bibliotecas. Aunado a todo lo anterior, la biblioteca pública barrial o comunitaria experimenta una marcada desventaja frente al uso extendido de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TIC) y la hegemonía socio-cultural de los medios de comunicación masiva, en particular, de la televisión, desventaja que contribuye a alejar de ella a los posibles usuarios y desvaloriza su presencia y sus potencialidades, en la medida en que no tiene la capacidad ni los recursos para incorporar las TIC a sus servicios y ser atractiva frente a la televisión.

En México, en general, pese al discurso oficial, las buenas intenciones y los esfuerzos de bibliotecarios, gestores culturales y de una que otra autoridad de los diferentes niveles de gobierno, la biblioteca pública experimenta un proceso de desvalorización social profundo. Sin embargo, las que se encuentran en los pueblos, en las comunidades rurales, en los barrios y en las colonias populares marginales son las que padecen, con mayor claridad, el olvido

y la indiferencia gubernamental y social. En la actualidad persiste la idea de que la biblioteca pública es una bodega de libros en donde se pueden realizar tareas escolares y encontrar, si se tiene suerte, información vieja sobre algún tema de interés. Estos territorios de la lectura, del gozo, del conocimiento y del encuentro social siguen siendo poco funcionales y atractivos, alejados de las necesidades y la vida cotidiana de los habitantes de las comunidades donde se ubican.

Se podría pensar que en la Ciudad de México, por su grado de desarrollo social, cultural, educativo y económico, las condiciones y el funcionamiento de sus bibliotecas públicas tendrían altos estándares de eficiencia y funcionalidad, empero, la realidad es otra; por lo menos en lo que a las zonas populares respecta. Sin duda, habrá excepciones, pero el común denominador de la red de bibliotecas barriales o comunitarias de la Ciudad de México son los problemas relacionados con la calidad de sus instalaciones y el servicio que se brinda, la desigual cobertura territorial, el insuficiente financiamiento, así como un rezago tecnológico significativo, pero tal vez un aspecto que, más allá de las estadísticas y evaluaciones institucionales, adolece la biblioteca pública capitalina es la falta, en general, de verdaderos mediadores, es decir, de agentes promotores de la lectura y orientadores activos del uso de esos espacios.

Esta última situación se explica por diversas razones, desde el bajo nivel salarial, la formación profesional inadecuada, la falta de capacitación, hasta el estrés laboral, etc.; no obstante, la energía, el compromiso y el ánimo de generar y mantener el vínculo entre el universo que contiene la biblioteca y los lectores, los usuarios y la comunidad, no se observa en la cotidianidad de la biblioteca ni en la labor de los bibliotecarios ni está como prioridad de las autoridades de los diferentes niveles de gobierno que son responsables del sistema bibliotecario de la ciudad. Sólo para documentar nuestro optimismo (Carlos Monsiváis *dixit*), de acuerdo con cifras oficiales, en la década anterior 41% de los “bibliotecarios” únicamente habían cursado la educación básica y media básica, además, la formación del personal con nivel técnico o profesional era en su mayoría ajena al área bibliotecológica (Venegas, agosto 2005: 16). Contagiar y compartir el entusiasmo por un “hábito” que debería ser placentero y energizante de la mente y el corazón de cualquier ser humano deviene en muchos casos en una labor rutinaria, desanimada y burocratizada.

En un mar de necesidades, bibliotecas, ¿para qué?

Para muestra, un botón. En el norte del Distrito Federal, en la delegación Gustavo A. Madero, se encuentra la localidad de Cuauhtepc, zona conformada por 2 pueblos y más de 50 colonias, con una población de aproximadamente más de 300 mil habitantes. Según un estudio sobre índices de desarrollo social realizado por un organismo del Gobierno del D.F., esta zona tiene grados de desarrollo social bajos y muy bajos (Evalúa DF, 2011: 68), lo que significa que parte importante de su población no posee los componentes¹ para satisfacer las necesidades básicas que les permitan disminuir su situación de pobreza, mejorar su calidad de vida y generar condiciones para su inclusión social y, en general, su bienestar social. Coincidentemente, aunque con otra metodología, el Consejo Nacional de Población (2006) establece que la mayoría de las unidades territoriales que conforman Cuauhtepc tienen grados de marginación altos y muy altos, lo que se traduce en la permanencia de formas de exclusión relacionadas con la educación y la vivienda, además de niveles bajos de ingresos económicos.

Las características anteriores nos dan una idea del tipo de poblamiento del que estamos comentando: colonias populares producto de asentamientos irregulares, con una visible pobreza, una producción del hábitat sin planeación que ha dado lugar a un orden urbano anárquico, niveles altos de inseguridad, una permanente lucha por el espacio público, además de una marcada acción gubernamental delegacional y central ineficiente, burocrática y clientelar en diversos ámbitos de su responsabilidad. Esto ha sucedido independientemente de quien haya estado a cargo de los gobiernos antes citados: el Partido Revolucionario Institucional o el de la Revolución Democrática (Vite, septiembre-diciembre 2001; Ochoa, 2009; Álvarez, 2012).

Uno de los rasgos actuales de esta localidad es el exiguo equipamiento social existente, en particular, el relacionado con la cultura; aunque no sólo es una cuestión de insuficiencia de instalaciones físicas, sino del servicio y las propuestas culturales que ahí se promueven. En el

¹ Los indicadores considerados para la creación de este índice son los de: I) calidad y espacio disponible en la vivienda, II) acceso a la electricidad, III) posesión de bienes durables, IV) adecuación sanitaria, V) acceso a la seguridad social y/o al servicio médico, y VI) rezago educativo (Evalúa DF, 2011).

caso que nos ocupa es muy clara esta situación. A lo largo y ancho de esa localidad existen sólo 2 de las 408 bibliotecas públicas del Distrito Federal pertenecientes a la Red Nacional de Bibliotecas registradas por el Conaculta. Aunque otras bibliotecas están registradas en la zona, son de acceso restringido para el público en general, pues unas están en el interior del reclusorio norte y otras son parte de instituciones educativas como las preparatorias Belisario Domínguez (escuela pública) y Benemérito de las Américas (escuela privada), así como la de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Para darnos cuenta de la magnitud del problema de acceso al servicio bibliotecario de los pobladores de Cuauhtepc podemos hacer la siguiente comparación: el número de habitantes por biblioteca a nivel nacional es de 15,317; en el Distrito Federal es de 21,694 (Conaculta, 2013) y en el caso de Cuauhtepc el número aproximado sería de alrededor de 150,000 habitantes por biblioteca. Si lo analizamos desde el punto de vista local, en la delegación Gustavo A. Madero (1,185,772 habitantes), en donde se encuentra nuestra zona de estudio, existen 27 bibliotecas públicas; de éstas, las que están ubicadas en Cuauhtepc representan sólo 7.4% del equipamiento bibliotecario público delegacional, sin embargo, la localidad representa 30% de la población de Gustavo A. Madero.

Aunado a ello, las dos bibliotecas están ubicadas en lugares poco accesibles del vasto territorio de Cuauhtepc, por lo que el área de posible influencia es limitada; además, ninguna cuenta con las instalaciones adecuadas ni los soportes tecnológicos para ser espacios atractivos para ir, estar y leer. Estos datos concisos nos muestran, por una parte, la desigual distribución y cobertura del equipamiento bibliotecario en la ciudad y, por otra, la imposibilidad real de que una biblioteca pública de este tipo sea un espacio adecuado para promover la lectura y atender las necesidades de información de una comunidad tan grande como la de Cuauhtepc y mucho menos ser un espacio de encuentro y socialización.

¿Qué hacer frente a este lúgubre panorama?, ¿más dinero?, ¿más y mejores bibliotecarios?, ¿una nueva política cultural?, ¿mayor participación de la sociedad civil?, ¿incorporar las bibliotecas públicas en los planes de desarrollo gubernamental (delegacional, municipal, estatal, federal) de manera explícita y eficaz? Si bien hay áreas de la ciudad que comparten similar problemática, también es preciso anotar que en otras la situación no está al límite de es-

tos casos, ya que en ellas existen otros tipos de espacios bibliotecarios o centros de información que sustituyen a la biblioteca pública barrial (bibliotecas universitarias, centros de investigación, centros culturales, bibliotecas de instituciones privadas, públicas y sociales). Sin embargo, ante este panorama, es necesario reflexionar el presente y futuro de la biblioteca pública a nivel local, tanto en la Ciudad de México como en las diferentes ciudades, pueblos y áreas rurales del país.

Revaloración de la biblioteca pública barrial. Retos y potencialidades

Pese a los cuestionamientos a la operación de la actual biblioteca pública en la gran urbe capitalina es indispensable revalorar la importancia de estos espacios públicos. Revalorarlos desde una visión amplia; ¿por qué no pensar en una nueva biblioteca pública? Existe una diversidad de experiencias en otros países, como Colombia, Francia y España, las cuales pueden servir de referencia sobre el camino que debe seguir México y, en particular, la Ciudad de México.

En este panorama es necesario considerar la ampliación en su cobertura, el incremento de los recursos materiales y económicos, la mejora y modernización de sus instalaciones, equipamientos y servicios, la actualización de sus recursos tecnológicos y la mayor eficiencia en la gestión de la red bibliotecaria, colocando como prioridad especial a las zonas marginadas de la ciudad capital; sin embargo, un aspecto fundamental en la reconversión de la biblioteca pública es la acción de quienes estén a cargo de ellas, del bibliotecario o del animador cultural. Es imprescindible, como lo plantean Michéle Petit (2006) y Geneviève Patte (2011), capacitar y actualizar al personal, pero más que eso, es indispensable transformar la visión del bibliotecario para convertirlo en un verdadero mediador que ponga énfasis en la comunicación humana, en los lazos y en las relaciones interpersonales que contribuyan a atender las necesidades de conocimiento, información, reflexión y lectura de todas y todos los que traspassen el acceso de este nuevo espacio.

El desafío es enorme y la tarea no sólo debe circunscribirse a las autoridades educativas y culturales locales o federales, pues en muchas ocasiones son las menos interesadas y capacitadas para intervenir en la temática. Empero, es preciso que en conjunto, sociedad civil e instancias oficiales responsables, definan una política pública que considere la

atención a las problemáticas actuales, establezca acciones a corto, mediano y largo plazo, impulse la revitalización de la biblioteca pública y genere las condiciones para la participación de la sociedad civil en los procesos de diagnóstico, implementación y evaluación de la política y en el funcionamiento de los mismos equipamientos.

La construcción de vínculos de colaboración entre la biblioteca y la comunidad y generar vasos comunicantes que permitan el diálogo de necesidades y deseos entre los lectores y el bibliotecario es otro aspecto relevante que se debe considerar al discutir sobre la biblioteca pública barrial. Para lograr tales objetivos es conveniente tejer redes con los diversos actores culturales, educativos y sociales de la comunidad. El bibliotecario debe dejar atrás la idea de que él es sólo cuidador y organizador de libros, él es un agente promotor que abre las puertas a un universo de múltiples constelaciones a quien se acerque a ese espacio poco explorado; es un mediador indispensable que comparte su pasión por la lectura.

La biblioteca como institución debe salir de sus muros e invitar a la comunidad en la que está a que la conozcan y se apropien de ella; en esta tarea los profesores de educación básica son aliados relevantes. Los grupos sociales y comunitarios, las asociaciones civiles, las instituciones educativas de la zona, los gremios económicos y la población en general también pueden contribuir a crear y consolidar formas de cooperación y sinergias que impacten el funcionamiento de la biblioteca en su entorno social. Al reconocer el contexto sociocultural y las necesidades e intereses de la comunidad en la cual funciona, la biblioteca se haría visible y cumpliría una función social; la comunidad la integraría como parte de ella y sería un territorio compartido por todos.

Para lograr lo anterior es preciso ampliar la oferta de actividades que brinda la biblioteca e incorporar sistemáticamente a sus funciones educativas y culturales tradicionales quehaceres que permitan, por un lado, mantener a sus usuarios habituales y, por otro, atraer nuevos usuarios y públicos. Esto permitirá dejar a un lado la percepción de que las bibliotecas son centros preferentemente para el estudio o la realización de tareas. La incorporación de cineclubes, cuentacuentos, talleres diversos, presentaciones de libros, conferencias, mesas redondas, conciertos, exposiciones del talento local, etc., podría generar vínculos más estrechos con sus asistentes y ampliar el número potencial de usuarios. Esto se puede lograr fortaleciendo las relaciones con otras entidades públicas, civiles y privadas que promuevan

diferentes acciones educativas o manifestaciones culturales producidas por ellas o que surjan de personas y grupos de la misma comunidad: el cronista del barrio, el grupo teatral de la prepa, los estudiantes de la escuela de música de la colonia, el cineclub de los cinéfilos universitarios, los escritores noveles de la zona, etcétera.

Para poner en marcha este tipo de estrategias se requiere de nuevas formas de gestión de proyectos, lo que permitiría en cierto tiempo la consecución de recursos y la continuidad de los programas conjuntos. La biblioteca puede resultar un espacio alternativo de encuentro, de discusión de la realidad de la población, de esparcimiento y de recreación. Philip Gill plantea que la biblioteca pública “puede convertirse en un motor de la mejora social y personal y puede ser también una institución que propicie cambios positivos en la comunidad, [al mismo tiempo puede] contribuir a la creación y al mantenimiento de una sociedad bien informada y democrática y ayudar a que la gente actúe con autonomía enriqueciendo y mejorando su vida” (2002: 36); la biblioteca pública se podrá convertir en medio contra la exclusión social.

Para combatir este fenómeno, la biblioteca pública barrial no sólo debería proporcionar los medios de acceso y la información sobre los temas que le preocupan u ocupan a los ciudadanos de una zona popular o marginal, sino el espacio físico y las condiciones para la realización de los encuentros sociales. La calidad, la multiplicación y la accesibilidad de la biblioteca pública en el nivel comunitario o barrial, y no sólo de las grandes instalaciones ubicadas en la zona central de la Ciudad de México, contribuirán al progreso paulatino de la ciudadanía. Para ello, este tipo de equipamiento debe ser accesible a todas las personas de la comunidad y lo suficientemente flexible como para adaptarse a nuevos servicios y a cambios en los ya existentes.

Lo planteado anteriormente difícilmente ocurrirá en el corto plazo en el caso de Cuauhtepac, dado el desinterés de las autoridades delegacionales, centrales y federales; desinterés que se muestra en sus respectivas líneas de política cultural y en las asignaciones presupuestales hacia este rubro. En particular para los gobiernos delegacionales en Gustavo A. Madero, la atención a la cultura ha sido una actividad ornamental con tintes clientelistas o, cuando mucho, un ejercicio burocrático rutinario de administración del aparato dedicado a las artes y la cultura, en donde lo cuantitativo es uno de los criterios fundamentales de la evaluación de desempeño y no así las evaluaciones cualitativas

que pudieran dar cuenta de los grados de satisfacción de las necesidades de acceso a bienes y servicios culturales de los pobladores de la demarcación, principalmente de las áreas de mayor rezago sociocultural.

Otro aspecto importante a considerar en esta reflexión es la avasallante presencia de la cultura audiovisual y mediática, así como de las nuevas TIC en la vida cotidiana de la población, en particular de los jóvenes y niños. El internet, los dispositivos electrónicos móviles, las redes sociales, etc., modifican la percepción que jóvenes y niños tienen de la realidad y el modo en que conciben el mundo y con ello modifican, de alguna forma, la relación entre la biblioteca y sus usuarios o potenciales asistentes.

En este contexto complejo y dinámico, la biblioteca pública se enfrenta a los retos de convivir y utilizar las nuevas tecnologías para cumplir con su misión básica y, al mismo tiempo, ofrecer de forma creativa otros recursos y servicios que la posicionen como un espacio público acorde con las nuevas realidades y necesidades de la población de todos los estratos sociales y de todas las generaciones de una gran metrópoli como la de la Ciudad de México. Geneviève Patte lo expone de la siguiente manera: “Hoy en día, en el mundo de la información ya no existen barreras de edad y de ubicación espacial [...] La biblioteca debe encontrar su lugar y tomar en cuenta estas nuevas realidades, adaptándose a esos nuevos usos y adoptando nuevas prácticas” (2011: 238). En este sentido, la biblioteca pública debe hacerse cada día más inventiva, dándole a la mediación humana un lugar central en sus esfuerzos de renovación. Sin embargo, el proceso de incorporación de las TIC al sistema de bibliotecas públicas en México es lento y limitado, con múltiples dificultades que se deberán ir sorteando lo más pronto posible para legitimar y afianzar su uso como herramientas fundamentales en el nuevo contexto de la sociedad de la información y el conocimiento (véase para el caso mexicano a Santos y De Gortari, 2009).

Las políticas hacia la cultura y las artes no pueden hacerse cargo de las consecuencias y responsabilidades de un sistema económico y político que ha profundizado las desigualdades sociales, la pobreza, la inseguridad pública, la falta de oportunidades y la exclusión social de grandes sectores de la población de México y, en particular, de la capital del país; sin embargo, éstas no deben ser indiferentes a esas realidades, sobre todo cuando están orientadas hacia la atención de la dimensión local y comunitaria. Las acciones y programas de los gobiernos deben considerar

las perspectivas de inclusión social, de la no violencia y de la atención a la diversidad cultural. En este sentido, la revitalización del equipamiento cultural local (bibliotecas, casas de cultura, centros sociales, museos comunitarios, etc.) puede contribuir, en alguna medida, a atender las problemáticas sociales de localidades marginales urbanas como las que se encuentran en el Valle de Cuauhtémoc.

Finalmente, la biblioteca pública, espacio marcado por la indiferencia, puede convertirse en un lugar especial donde la lectura se cultive, donde el interés por el conocimiento o el placer por la recreación de la vida misma sean el motivo de la estancia de sus visitantes. Ese interés y ese placer pueden ser compartidos entre diferentes personas generando un espacio de encuentro, de reconocimiento, de sociabilidad, espacio que tanto le hace falta a la ciudad.

¿Cómo nos gustaría nuestra biblioteca? Cada quien tendrá su propio modelo, en el cual considere el diseño arquitectónico, la estética interior y la funcionalidad, el tipo de servicios que brinde o el tipo de mediador que le asista, pero, sin duda, quisiéramos que fuera un lugar hospitalario, agradable y generoso. Michel Petit nos comparte su visión sobre este aspecto:

Me gusta [...] que en una biblioteca uno se aproxime a los conocimientos más avanzados, a las tecnologías de punta, pero que se preserve también la parte de sombra, de intimidad, de jardín secreto donde se descubren unos frutos prohibidos. Me gustan las bibliotecas con luz natural, abiertas al exterior por ventanales pero que incluyan también rincones más recónditos (2006: 102).

El umbral de la entrada le da la bienvenida a todos. El agradable entorno interior nos invita a indagar los tesoros que contienen las centenas de libros ordenados en sus anaqueles o los miles de materiales disponibles en la red virtual. Luz o sombra, cada quien decide qué tanta intimidad desea. Lo importante es descubrir y recrear, pensar o reflexionar sobre todo según el ánimo o la tarea indicada. Tiempo y distancia definen la permanencia en él. El acompañamiento de algún material deseado o necesario del acervo es obtenido sin mayor dificultad. La casa, la oficina, el negocio, el automóvil, la mochila o la bolsa pueden ser también, por un momento, el hogar de esos libros compañeros de camino... Imaginamos un lugar como ése, donde pudiéramos disponer con facilidad de fragmentos de conocimiento y placer generados por la humanidad a lo

largo de su existencia. Imaginemos así a la biblioteca pública en la Ciudad de México.

Referencias

- Álvarez, L. (2012). "Cuauhtémoc, Gustavo A. Madero". En Álvarez, L. (Coord.) *Pueblos urbanos. Identidad, ciudadanía y territorio en la ciudad de México*. México: UNAM/Miguel Ángel Porrúa.
- Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta) (2013). *Sistema de Información Cultural*. Recuperado de <http://sic.conaculta.gob.mx/index.php?estado_id=9&municipio_id=0&table=biblioteca&disciplina=> (consultado el 24 de marzo de 2013).
- Conaculta (2010). *Encuesta Nacional de Hábitos, Prácticas y Consumo Cultural 2010*. México: Conaculta.
- Consejo Nacional de Población (Conapo) (2006). *Índices de marginación, 2005*. México: Conapo.
- Evalúa D.F. (2011). *Índice de Desarrollo Social de las Unidades Territoriales del Distrito Federal. Delegación, colonia y manzana*. México: Consejo de Evaluación de Desarrollo Social del Distrito Federal.
- Gill, P. (2002). *Directrices IFLA/UNESCO para el desarrollo del servicio de bibliotecas públicas*. México: IFLA/UNESCO/Conaculta.
- Murayama, C. y Rabell, C. (2011). *Evaluación de las políticas y programas sociales implementados por el gobierno del Distrito Federal*. México: Asamblea Legislativa del Distrito Federal.
- Ochoa, C. (2009). "Y cuando despertamos la ciudad estaba ahí". En *Cuauhtémoc: memorias de ayer y hoy*. México: Programa de Apoyo a Pueblos Originarios-2009/Sederec-Gobierno del Distrito Federal.
- Petit, M. (2006). "Si no existe la mediación humana, ¿de qué sirve?". En *Memoria del tercer encuentro internacional sobre bibliotecas públicas. La lectura en niños y jóvenes y el papel de la biblioteca pública*. México: Conaculta.
- Patte, G. (2011). *¿Qué los hace leer así? Los niños, la lectura y las bibliotecas*. México: FCE.
- Santos, M. J. y De Gortari, R. (Coords.) (2009). *Computadoras e internet en la biblioteca pública mexicana. Redefinición del espacio cultural*. México: Pearson/UNAM.
- Venegas, P. (agosto de 2005). "La red de bibliotecas públicas del Distrito Federal". *El Bibliotecario*, (50), 13-16.
- Vite, M. A. (septiembre-diciembre de 2001). "Clientelismo político y exclusión social: el caso de Cuauhtémoc". *Sociológica*, 16 (47), 199-238.